

EL LUGAR ACUÁTICO

ISAAC ASIMOV

Jamás tendremos viajes espaciales. Y lo que es más, ningún extraterrestre aterrizará nunca en la Tierra... Al menos ninguno más.

No me estoy mostrando simplemente pesimista. A decir verdad, el viaje espacial es posible, y los extraterrestres *han* aterrizado. Lo sé. Las astronaves cruzan el espacio entre un millón de mundos, pero nunca llegaremos a ellos. Eso también lo sé. Y todo a causa de un ridículo error.

Me explicaré.

Fue en efecto un error de Bart Cameron, por lo demás muy comprensible. Bart Cameron es el sheriff de Twin Gulch, Idaho, y yo, su delegado. Bart Cameron, hombre de por sí impaciente, se impacienta todavía más cuando debe efectuar su declaración de renta. Cosa natural, ya que, además de su cargo de sheriff, posee un almacén —que él mismo regenta—, tiene intereses en un rancho de ovejas, hace algún trabajo de experimentación, disfruta de una pensión por ser un veterano inválido (una rodilla estropeada) y otras cosas por el estilo, lo cual lógicamente complica su declaración de renta.

No le iría tan mal si permitiera que algún recaudador de impuestos le llenara los impresos, pero insiste en hacerlo personalmente, lo cual le convierte en un hombre amargado. Hacia el 14 de abril, está inabordable.

Así, no pudo ocurrir nada peor que el hecho que el platillo volante aterrizara justo el 14 de abril de 1956.

Yo lo vi aterrizar. Mi silla estaba apoyada contra la pared, en el despacho del sheriff, y me hallaba mirando a las estrellas a través de las ventanas, sintiéndome demasiado perezoso para volver a mi tienda y preguntándome si debía presentar mi dimisión y largarme o quedarme escuchando las maldiciones y juramentos de Cameron, mientras repasaba sus columnas de cifras por cientovigesimoséptima vez.

Al principio semejaba una estrella fugaz. Luego, la estrella de luz se ensanchó en dos chorros parecidos a escapes de cohete, y por último el objeto descendió con suavidad y sin detenerse, sin un sonido. Una hoja seca habría producido un murmullo más fuerte al caer y chocar contra el suelo. Dos hombres salieron del aparato.

Fui incapaz de decir ni hacer nada; ni tragar saliva ni apuntar con el dedo, ni siquiera desorbitar los ojos. Me quedé sentado e inmóvil.

¿Y Cameron? Ni siquiera alzó la vista.

Hubo un golpe en la puerta, que no estaba cerrada y acabó de abrirse, entrando los dos hombres del platillo volante. Yo habría pensado que se trataba de unos ciudadanos cualesquiera, de no haber visto el artefacto aterrizar en la maleza. Llevaban trajes de un tono gris que recordaba el carbón vegetal, con blancas camisas y guantes marrones. Calzaban zapatos negros y lucían sombreros flexibles del mismo color. Eran de tez oscura, pelo negro y ondulado y ojos castaños. Sus caras y miradas mostraban una expresión de gran seriedad, y medían alrededor del metro cincuenta. Tenían un gran parecido.

¡Dios, qué asustado me sentía!

Cameron, en cambio, alzó la vista al abrirse la puerta y frunció el entrecejo. Creo que, de ordinario, habría reído hasta saltársele el botón del cuello de la camisa al ver indumentarias como

aquéllas en Twin Gulch, pero se hallaba tan absorto en la redacción de sus impresos que ni siquiera esbozó una sonrisa.

—¿En qué puedo servirles? —preguntó, dando unas palmadas sobre los impresos de la declaración, en evidente señal que no disponía de mucho tiempo.

Uno de los dos individuos se adelantó.

—Hemos mantenido a su gente bajo observación durante mucho tiempo.

Pronunciaba cada palabra cuidadosamente y como por separado.

—¿A mi gente? Toda mi familia se reduce a mi mujer. ¿En qué lío se ha metido?

El tipo prosiguió:

—Escogimos esta localidad para nuestro primer contacto debido a su aislamiento y su tranquilidad. Sabemos que es usted el jefe aquí.

—Soy el sheriff, si se refiere a eso. Vamos, escúpalo. ¿Qué les sucede?

—Hemos puesto gran cuidado en adoptar su forma de vestir, incluso su aspecto.

—¿Ésa es *mi* forma de vestir?

Sin duda, se había fijado en los atavíos de aquellos seres por primera vez.

—La forma de vestir de su clase social dominante. También hemos aprendido su idioma.

Por la expresión de Cameron, se vio que se encendía una luz en su cerebro:

—¡Ah! ¿Son ustedes extranjeros?

A Cameron le importaban un comino los extranjeros, no habiendo conocido a muchos de ellos a no ser en el ejército, pero por regla general procuraba mostrarse amable con ellos.

—¿Extranjeros? —repitió el hombre del platillo—. Pues sí, realmente lo somos. Venimos del lugar acuático que vuestro pueblo llama Venus.

Yo estaba reuniendo fuerzas para pestañear, pero no me condujo a nada. Había visto el platillo volante. Lo había visto aterrizar. ¡Tenía que creer en sus palabras! Aquellos hombres..., o más bien aquellos seres..., provenían de Venus.

Pero Cameron nunca pestañeaba.

—Está bien —dijo—. Se encuentran en los Estados Unidos. Todos tenemos los mismos derechos, sin que importen la raza, el credo, el color o la nacionalidad. Estoy a su servicio. ¿En qué puedo serles útil?

—Deseamos que tome disposiciones inmediatas para que los hombres importantes de sus Estados Unidos, como los llaman ustedes, vengan aquí para entablar las discusiones conducentes a la adhesión de su pueblo a nuestra organización.

Cameron empezó a ponerse rojo.

—¿Que nuestro pueblo se adhiera a *su* organización? Formamos parte de la ONU, y Dios sabe de cuántas más. ¿Y se imaginan que voy a traer al presidente aquí, eh? ¿Ahora mismo? ¿A Twin Gulch? ¿Mediante un mensaje urgente?

Me miraba como si buscara una sonrisa en mi cara, pero me hubiera caído al suelo de retirarme la silla en que estaba sentado.

—La rapidez es muy de desear —manifestó el hombre del platillo.

—¿Y desea que acudan también los componentes del Congreso? ¿Y los senadores?

—Si cree que servirán de alguna ayuda...

Cameron estalló. Golpeando con el puño los impresos de su declaración de renta, aulló:

—¡Pues ustedes no me sirven de nada y no dispongo de tiempo para atender a todos los chiflados que se presenten por aquí, en especial si son extranjeros! ¡Váyanse al diablo! Y pronto. Si no desaparecen inmediatamente, les meteré en la cárcel por perturbar la paz. ¡Y no les dejaré salir en su vida!

—¿De modo que quiere que nos marchemos? —preguntó el hombre de Venus que llevaba la voz cantante.

—¡Y en seguida! ¡Váyanse a pasear por donde han venido y no vuelvan nunca más! No quiero verles otra vez por aquí. Ni a ustedes ni a nadie por el estilo.

Los dos hombres se miraron. En sus caras hubo una serie de ligeras contracciones. Después, el mismo que había llevado todo el tiempo la voz cantante afirmó:

—Puedo ver en su mente que realmente desea con gran intensidad que se le deje solo. No entra en nuestras costumbres forzar a participar en nuestra organización a quien no lo desea. Respetamos su aislamiento y nos vamos. No volveremos. Dispondremos un círculo de prevención en torno a su pueblo. Nadie entrará en él, y tampoco su gente podrá traspasarlo.

—¡Oiga usted! —barbotó Cameron—. Ya estoy harto de tantas tonterías, así que voy a contar hasta tres...

Los dos venusinos giraron sobre sus talones y se marcharon, y yo supe que todo cuanto habían dicho era cierto. Les estuve escuchando, cosa que Cameron no hacía, debido a que sólo pensaba en su declaración de renta. Para mí fue como si oyese sus mentes... ¿Comprenden lo que quiero decir? Sabía que crearían una especie de valla en torno a la Tierra que nos mantendría como en un corral, impidiéndonos abandonarla y que otros entrasen en ella. Lo *sabía*.

Cuando ambos individuos desaparecieron, recuperé el habla... Demasiado tarde.

—¡Cameron! —chillé—. ¡Por el amor de Dios, venían del espacio! ¿Por qué los ha despedido?

—¿Del espacio? —repetió, mirándome con fijeza.

—¡Mire! —aullé.

No sé cómo lo conseguí, pesando como pesa trece kilos más que yo, pero le tomé del cuello de la camisa y casi lo arrastré hasta la ventana.

Estaba demasiado sorprendido para resistirse. Cuando recuperó lo bastante el sentido como para dar aparentes muestras que iba a asestarme un puñetazo, reparó en lo que acontecía en el exterior, a través de la ventana, y se quedó sin respiración.

Los dos individuos entraban en aquel momento en el platillo volante, grande, redondo, reluciente y poderoso. Se alzó un poco, ligero como una pluma. Surgió un fulgor rojo anaranjado en uno de sus lados, fulgor que se tornó cada vez más brillante, al tiempo que la nave se hacía más pequeña, hasta convertirse de nuevo en una estrella fugaz, que fue desvaneciéndose lentamente.

—¿Sheriff, por qué los ha despedido? —insistí—. *Tenían* que ver al presidente. Ahora no volverán nunca más.

—Pensé que eran extranjeros —se disculpó Cameron—. Han dicho que habían tenido que aprender nuestro idioma. Y hablaban de una manera muy graciosa.

—Claro, claro... Extranjeros.

—Ellos lo confirmaron. Parecían italianos. Yo pensé en efecto que eran italianos.

—¿Cómo podían ser italianos? Han dicho que venían del planeta Venus. Les he oído muy bien. Eso es lo que han dicho.

—¡El planeta Venus...!

Los ojos de Cameron se abrieron desmesuradamente, redondeándose como los de un búho.

—Eso es. Lo denominaron lugar acuático, o algo semejante. Ya sabe que Venus tiene gran cantidad de agua.

Así que ya ven. Se debió sólo a un error, un estúpido error del tipo que cualquiera puede cometer. Pero a causa de él, la Tierra no conseguirá nunca efectuar viajes espaciales. Jamás aterrizaremos en la Luna, ni nos visitarán de nuevo los venusinos. Y todo por culpa de Cameron y su maldita declaración de renta.

Entretanto, él murmuraba:

—¿Venus? ¡Cuando hablaron del lugar acuático, pensé que se referían a *Venecia!*

FIN

Libros Tauro